

y apacible, lo mismo que habría sido para mis ojos la llama de un cirio en el rincón de un templo; y cuando callaba, me parecía que la llama se resolvía en una sutil columnita de humo que subía y subía ondulante.

Yo hablé también, pero no reconocí mi acento. ¿Era yo esta criatura que decía cosas extrañas y apasionadas que nunca se me habían ocurrido antes? Sentía como si en mi garganta se quemase un grano de incienso.

El dueño de la casa recordó una cita urgente a la que no podía faltar. Tenía que marcharse.

El Hombre sin Sombra protestó; yo suspiré contrariada.

—¿Por qué no os quedáis vosotros? —sugirió nuestro amigo.

Aceptamos.

Al salir el amo de la casa, dijo:— Os dejo frente a frente en la oscuridad. Me llevo el sabor de las cosas nobles, bellas y amorales de que hemos hablado. La oscuridad invita a olvidar el pudor o la malicia. Si la desconfianza quiere venir a inquietaros, os aconsejo que la echéis como a un perro... Y sin embargo, nunca os habéis visto y cada uno ignora hasta el nombre del otro.

Salió. El ruido de sus pasos se perdió al fin y entonces percibí claro y distinto el murmullo de nuestra respiración. Abrí los ojos ávida y temblorosa.

—Joven Desconocida de Francesco Laurana—susurró la voz de fuego— beso con mi pensamiento tus párpados caídos, que deben temblar sobre tu mirada, cual dos hojas tiernas abandonadas sobre la inquietud de una corriente honda y callada que avanza a través de la noche; beso tu sonrisa estilizada en la cual se deleitara el artista que te creó. Háblame, desnuda tu alma y yo la acariciaré con mis acentos más tiernos.

Cerré los ojos. Yo era una flor en cuya corola rebotante de aroma, entraba esta voz como un colibrí vibrante.

Yo no podía hablar. Nos sumimos en el silencio.

Tenía la sensación clara de que aquel ser que tenía muy cerca de mí, pero cuyo cuerpo ni siquiera me rozaba, proyectaba unas antenas invisibles que palpaban apasionadas mi pensamiento y mi carne. ¿Sentiría él a su vez mis antenas anhelosas de su corazón?

Me embargaba un sentimiento inefable al darme cuenta de que nuestras sombras estaban confundidas con la sombra. Perdí la noción del tiempo. La gota de misterio que soy, había caído en el mar del Misterio.

.....
La insolente burguesía de un automóvil que pasó por la calle, rompió el silencio y destruyó el encanto.

Los gallos anunciaron la media noche.

El desconocido se levantó.

—Gracias por tu silencio, alma apasionada—exclamó. Después de vacilar añadió suplicante:—¿Qué dices si la Joven Desconocida de Francesco Laurana y el Hombre sin Sombra se separan jurando no buscarse nunca y evitar la menor posibilidad que pudiera ponerlos frente a frente en la luz? Tú te llevarás el recuerdo de mi voz ardiente, yo guardaré con amor la memoria de tu voz que ha resonado dentro de mí en esta noche apacible, con el encanto infinito y maravilloso con que de niño escuchaba el sonido del mar en un caracol que acercaba a mi oído.

El partiría al día siguiente; nuestro común amigo a quien hablaría de

nuestra resolución y que era un hombre romántico, nos ayudaría a no salir nunca el uno para el otro, de la oscuridad.

Convine.

—Adiós—musitó desde la puerta.

Partió sin hacer ruido.

Cuando me encontré sola, me arrodillé, tendí las manos ansiosas hacia la puerta y sollocé no sé si de dolor o de dicha.

Y he aquí mi aventura.

• •

Ella no agregó una palabra más y yo no me atrevía a decir nada.

Por fin aventuré un comentario:

—¿Y han cumplido su juramento?

Ella respondió con sencillez:

—Sí.

CARMEN LIRA.

Anthero de Quental

UN ministro nuestro decía, ayer o antes de ayer, hablando precisamente de las relaciones hispano-portuguesas, que no creía que se podía hacer política internacional a base de lirismo. ¿Se nos permitirá insinuar que lo difícil es hacerla de un modo positivo, a falta de comunidad de sentimientos? Pero cuando se habla de Portugal no es cosa baladí menospreciar el lirismo, porque eso es Portugal: un pueblo de poetas. Habrá lectores que se figuren que si voy a dedicar un artículo a Anthero de Quental es por condescendencia hacia las cosas portuguesas. Lo cierto es que si no se estima a Quental en el mundo lo que que a Verlaine, a Baudelaire, a Leopardi o a D'Annunzio es por pura ignorancia. Los poetas portugueses no son buenos poetas para Portugal, sino para el mundo, y si el mundo lo ignora, en el pecado lleva la penitencia.

Tierno como Verlaine, perfecto como Baudelaire, y pensador como Leopardi, ¿ha escrito nadie sonetos mejores que

los suyos? Habría que colocar junto a ellos los de Dante en la «Vita Nuova», o los de Shakespeare, o los de Camoens, y ni aun así los hallaríamos superiores. En una cosa, por lo menos, los sonetos de Anthero de Quental son los mejores. Catorce versos son bastante para que dilatadas perspectivas se ordenen dentro de ellos y para que una acción se desarrolle hasta su desenlace, como en una tragedia de cinco actos. Leed, por ejemplo, «O Palácio da Ventura»:

Sonho que sou um cavalleiro andante,
por desertos, por sêas por, noite escura,
paladino do amor, busco anhelante
jo palacio encantado da Ventura!

Mas já desmaio, exausto e vacilante,
quebrada a espada já, rota a armadura...
E eis que subito o avisto, fulgurante
na sua pompa e aerea formosura!

Com grandes golpes bato a porta o brado:
«Eu sou o Vagabundo, o Desherdado...
¡Abri-vos, portas d'ouro, ante meus ais!»

Abrem-se as portas d'ouro, com fragor...
Mas dentro encontro só, cheio de dor,
silencio e escuridão—e nada mais!

Corazón místico, inteligencia escéptica, la lírica de Quental no expresa apenas más que el drama religioso del hombre que quiere creer y quiere, al mismo tiempo ser veraz. Es el conflicto de dos lealtades contrapuestas. La fidelidad al propio sentimiento le lleva a ver en la creencia ternuras y satisfacciones que no puede encontrar en el escepticismo. La fidelidad a la verdad le hace no poder ver en el Universo más que una procesión de som-

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del giro, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO